timo caso, los movimientos reflejos tienen lugar en la parte inferior, mientras que la superior no muestra indicio alguno de sensibilidad; así como excitada la parte unida al cerebro, no utiliza el animal en sus movimientos los miembros inferiores á la sección. Las numerosas experiencias verificadas en multitud de animales, impiden sostener hoy que toda sensibilidad desaparezca con el cerebro, como venían afirmando no pocos fisiólogos influídos por la hipótesis cartesiana. Debe, pues, establecerse como un hecho demostrado é incontestable «que el cerebro no es el único órgano de la sensación, y que ni siquiera es indispensable para una vida sensible rudimentaria. Los hemisferios cerebrales no son más que un aparato de centralización y de perfeccionamiento para las sensaciones, pero que de ningún modo puede ser considerado como un órgano esencial» (1).

Hasta aquí la observación, cuyos datos confirman en un todo nuestras deducciones anteriores. La sensibilidad se halla localizada en todo el sistema nervioso, el cual se distribuye en diversos centros y órganos especiales, adaptados á las distintas funciones sensitivas. Está demostrado, que la conciencia sensible es función de la vitalidad de algunos de aquellos centros solamente, y que no siempre éstos intervienen en las funciones de los demás, por los cuales co-

(1) A. Farges: *Le cerveau, l'âme et les facultés*, pág. 43.

mienza siempre la excitación, y sólo en último término llega al órgano de la conciencia.

En resumen: la sensación inconsciente (por lo menos en toda sensación externa) precede siempre á la consciente, según hemos dicho, y cualquiera excitación sensible en una célula nerviosa ó en un órgano, necesita ser transmitida á otro centro para poder de ella adquirir conciencia.

Y si ningún centro sensible es capaz de percibir sus propias funciones, los órganos superiores donde todas las demás afecciones reciben el carácter consciente, deberán ser insensibles á toda excitación; y sus propios actos no podrán ser percibidos por el sér donde se realizan, si carece de otra facultad superior respecto de la cual puedan aquéllas ser objeto de conocimiento; por lo que esos actos podrían en cierto modo llamarse inconscientes. Esta conclusión se halla confirmada por la fisiología. Se puede herir los órganos cerebrales, cauterizarlos y aun extirparlos sin provocar el menor dolor (1). «La corteza

(1) "La fisiología nos enseña que todas los células de los hemisferios cerebrales son completamente insensibles á sus propias impresiones, en el sentido de que se los puede herir, cauterizar y torturar de mil maneras. sin que experimenten el menor dolor. Este fenómeno, conocido desde la antigüedad, y que tanta extrañeza causa á los fisiologistas, tiene muy natural explicación en nuestra teoría. Si es verdad que nosotros no podemos con conciencia sentir las afecciones de un órgano, si no es con la ayuda de otro órgano, es claro que el órgano más elevado, el último en la serie, puesto que está desprovisto de un sensorio superior, carecerá igualmente de sensibilidad consciente.„ (Farges, obra citada, pág. 292.)

cerebral, dice Beclard, es decir, la substancia gris de las circunvoluciones, es inexcitable por los agentes mecánicos y por los agentes químicos». En esto se funda también el que tenga conciencia el animal, de las impresiones; pero sea incapaz en absoluto de percibir el hecho mismo de conciencia. Toda su vida sensible es exterior; allí no aparece el menor vestigio de reflexión subjetiva, no hay conciencia de la misma conciencia.

Respecto á la inconsciencia de las facultades sensibles internas, no nos es dado, como en las externas, hacer una demostración fundada en la disposición y modo de funcionar de los órganos cerebrales; la fisiología no ha descorrido todavía el velo que oculta la misteriosa y complicada trama de movimientos que intervienen en las sensaciones, ni apenas nos dice nada de la función peculiar de cada uno de los centros en que parece estar dividido el cerebro. Cuanto acerca de esto hay escrito se reduce, en su mayor parte, á meras conjeturas. No faltan, sin embargo, datos abundantes de otro orden, que nos permitan afirmar que en nuestras sensaciones internas no todo está iluminado por la conciencia. Así, la coordinación de los movimientos, y muchos de estos movimientos determinados por representaciones de la memoria, nos son frecuentemente desconocidos. En el lenguaje, por ejemplo, tenemos conciencia de lo que pretendemos expresar; pero ignoramos el modo misterioso cómo las imágenes provocan movimientos tan

complicados como los que constituyen nuestro medio de expresión oral. Prescindiendo ahora de otros análisis, advertimos que la asociación de sensaciones y la coordinación de éstas con los movimientos que determinan, se verifica muchas veces sin intervención alguna de la conciencia. Ejemplo patente de esto tenemos en ciertos estados anormales que constituyen un verdadero automatismo psíquico, tales como la crisis sonambúlica, en la cual se suceden una larga serie de representaciones y movimientos coordinados, al parecer sin conciencia ninguna, ó, si existe, en grado muy remiso.

Oponen los adversarios de la doctrina anteriormente sentada, que admitir la existencia de «sensaciones no sentidas» es una contradicción *in terminis*; objeción motivada por un falso concepto de la sensibilidad, y también debida á la falta de observación. Aquí sólo hay un juego de palabras, y nosotros no tratamos de explicar las palabras, sino de ver lo que dicen los hechos. Diremos, sin embargo, que son dos cosas muy distintas sentir ó percibir los excitantes exteriores que provocan la sensación, y sentir ó darse cuenta de la sensación misma; y en el primero y segundo caso se siente, pero sólo en el segundo habrá «sensación sentida». Concedemos que, según el concepto vulgar é irreflexivo, todo fenómeno sensible lleva consigo la conciencia, porque éste es el único medio directo de percepción sensible; pero el conocimiento vulgar no es lo mismo que el científico, el cual exige un aná-

lisis exacto y preciso de los caracteres determinantes de la naturaleza de los hechos, y obliga á rectificar y cambiar muchas veces el concepto vulgar de las cosas (1).

En presencia de la multitud de fenómenos que demuestran hasta la evidencia la realidad de lo subconsciente psicológico y su capital importancia en la vida humana, no se comprende sino por las exigencias de sistema, cómo á fin de mantener el principio de que la conciencia es el carácter diferencial constitutivo de los estados psíquicos, se ha dado acerca de ellos una explicación nada práctica, y menos satisfactoria con la ingeniosa teoría de las *pequeñas ó bajas conciencias*.

---

(1) "Ciertos críticos han creído ver una contradicción, escribe D. Mercier, en el concepto mismo de sensación inconsciente. En efecto, dicen ellos, "la sensación es la modificación experimentada en la conciencia por el sujeto viviente... Luego una sensación bruta ó inconsciente no se concibe„... Evidentemente, si se comienza por definir la sensación, un estado psicológico por el cual el sujeto tiene conciencia de recibir las impresiones de los objetos, la cuestión de sensaciones inconscientes es contradictoria. Pero definir así la sensación, esto no es responder á la cuestión propuesta, sino suprimirla... El concepto de sensación inconsciente no es contradictorio; sino que tiene un sentido real y definido. No es una *modificación* ó una *impresión* cualquiera experimentada por un sujeto, ni es tampoco una *percepción consciente*, puesto que, por hipótesis, la impresión no es percibida por el sujeto; es tan solo una modificación del sujeto destinado á ser consciente, tiene por fin normal la conciencia, pero falta de ciertas condiciones de intensidad ó duración, la conciencia no se produce de hecho, ni es advertida por el sujeto que la recibe.„ (*Psychologie*, págs. 174, 177. Lovaina-París, 1899. 4.ª edición.)

Reconocemos, contestan los defensores de la misma, que existen en nuestra alma estados tan débiles y obscuros, que es muy difícil, y á veces imposible, darnos cuenta de ellos; pero la inconsciencia es aquí nada más que aparente, en realidad, todos ellos van acompañados de un grado más ó menos remiso é imperceptible de conciencia, «y nada impide admitir que estas gradaciones de la conciencia se extiendan hasta lo infinito».

No es fácil saber qué se quiere significar cuando se habla de estados de conciencia imperceptibles, de los que el alma no se da cuenta, si no son los realmente inconscientes. La conciencia, repetimos, no tiene significado si no lleva consigo alguna advertencia á los estados del alma (1). Tener conciencia de una afección, sin darse cuenta de ella, es para nosotros un absurdo, una contradicción. Por consiguiente, ó la explicación propuesta expresa en último término la realidad de lo inconsciente, ó es un conjunto de palabras sin sentido real.

Convenimos con el ya citado Farges, en «que debe desconfiarse mucho de estas teorías abstractas, que no pueden concordar con los hechos, para lo cual es necesario suponerlos aparentes é

---

(1) El cardenal Zigliara, hablando de la división que comunmente se hace de la conciencia en directa y refleja, se expresa así: *Verum ut candide fatear, haec divisio non satis mihi arridet.—Advertentia ergo, constituit formaliter conscientiam.* (*Summa phil.*, I, 247.)

ilusorios. No son los hechos los que deben plegarse á las teorías, sino que las teorías deben entrar espontáneamente en el molde de los hechos» (1).

Nos hemos detenido, más de lo necesario quizá, en esta cuestión, por juzgarla de gran importancia para despejar la confusión grande que reina en gran parte de los escritos psicológicos, cuando se trata de concretar en el orden de los hechos, y aun en el de las ideas, la extensión, límites y valor científico de ciertos conceptos fundamentales de la psicología. Queda además demostrado experimentalmente el error del moderno psicologismo, que confiere á la conciencia una importancia trascendental que ésta no tiene, al fundar sobre ella el carácter constitutivo esencial y específico de los fenómenos psíquicos, poniendo en ella la base única de la ciencia del alma (2). Para nosotros la concien-

(1) Farges, obra citada, pág. 300.—"Es verdad, sigue diciendo el ilustre filósofo, que hay grados de claridad en la conciencia; pero ¿es exacto que pueda suponerse *una serie decreciente hasta lo infinito*? ¿Puede haber grados tan débiles y oscuros que sea imposible advertirlos? Y entonces ¿qué es afirmar un estado de conciencia tan oscuro que de él no haya conciencia alguna, sino sostener disfrazadamente la teoría de la inconsciencia?„

(2) La gravedad de este error se manifiesta sobre todo en sus consecuencias, de las cuales dos, en especial, son muy trascendentales. En la teoría del conocimiento conduce al subjetivismo; y respecto de la persona humana, la hace consistir en la conciencia, que es un hecho fugitivo, y cuyo funcionamiento normal puede alterarse en ciertas ocasiones.

Los materialistas, fundándose en estas variaciones normales y anormales de la conciencia, á las que han llamado *alteraciones de la personalidad*, *doble, triple* y *aún múltiple personalidad*, han creído destruir por su base la unidad personal; y, en efecto, las dificultades son graves enfrente de la teoría que constituye la personalidad en la conciencia; dificultades que desaparecen en la teoría aristotélico-escolástica, en la cual todos los hechos alegados tienen una explicación por demás sencilla y natural.

cia no es más que un simple hecho del alma como cualquier otro, un conocimiento que sólo difiere de los demás actos del conocer por la diversidad de su objeto. Ni todo conocimiento puede reducirse al de conciencia, ni todo hecho subjetivo es tampoco conocimiento; y establecer en la conciencia el constitutivo de todo nuestro interior, equivaldría á decir que todos los fenómenos del alma son conocimiento, lo cual evidentemente es falso.

Establecemos, pues, como principio psicológico fundado en la observación, que ni la conciencia es todo el objeto de la psicología, ni el método de introspección basta para constituirla debidamente; el método y el objeto propios de esta ciencia han de ser subjetivos á la vez y objetivos. Y en esta conclusión nos referimos tan sólo á aquella parte de la psicología llamada experimental.

Lo dicho hasta aquí nos parece suficiente para demostrar la existencia de la actividad inconsciente en el alma, sobre todo en el orden de la sensibilidad, y su no pequeña importancia en la vida. La verdad de estos hechos, no menos

reales por pasar inadvertidos, que los conscientes, ha de tener una demostración más cumplida, haciendo ver, contra lo que suponen los fisiologistas y no pocos ultra-espiritualistas, que aquellos hechos no pueden ser incluídos entre los puramente mecánicos ó físicos, ni entre los que se ordenan á la vida de nutrición, sino que pertenecen al orden superior de la vida de relación, siendo idénticos en su finalidad, en su naturaleza y en el modo de producirse á los revelados por la conciencia, con la sola diferencia de pasar inadvertidos para ésta.

Quizá no falte quien, habituado á examinar las manifestaciones de la vida superior del alma no más que por la conciencia, se halle sorprendido ante la extensión é importancia que aquí damos á lo subconsciente psíquico; pero, al obrar así, no hacemos otra cosa que atenernos á la observación, puesto que de hechos se trata.

ARTÍCULO SEGUNDO

NATURALEZA DE LO INCONSCIENTE PSICOLÓGICO

¿Cuál es el verdadero carácter de esa serie de fenómenos que en nuestro interior se verifican de un modo automático é insconsciente, y cuya realidad hemos dejado demostrada en el artículo anterior? ¿Son efectivamente psicológicos, como hemos supuesto, ó deben tenerse como de naturaleza simplemente física, según lo afirman ciertos fisiólogos y psicólogos resabiados de materialismo? Para la mayor parte de éstos no cabe discusión en el asunto; no interviene la conciencia en ellos, luego son de naturaleza física exclusivamente, y su estudio pertenece al fisiólogo, nada tiene aquí que hacer el psicólogo, á quien sólo pertenece la conciencia. Los fenómenos reflejos, dicen, tienen una explicación completa, sin acudir á una fuerza superior á la mecánica; son un simple proceso de transmisión y transformación de la fuerza física; el organismo, y en particular el sistema nervioso, no hacen más que transmitir el movimiento y cambiar su dirección; el movimiento muscular en donde se termina el acto reflejo, es el equivalente mecánico de la fuerza exterior, que obrando en los nervios sensibles y pasando á los motores se transforma en esfuerzo muscular, devolviendo así el organismo al exterior lo que había recibido.

¿Se halla fundada esta explicación en los hechos, ó es arbitraria y sistemática? Veámoslo.

La cuestión ofrece para nosotros gran interés; porque, demostrada la necesidad de acudir á una fuerza superior á la mecánica en estos fenómenos psíquicos rudimentarios é incompletos, como son las sensaciones inconscientes, con mayor motivo deberá intervenir aquélla si éstos se hallan iluminados por la conciencia, aunque no pasen del orden sensible, y mucho más si pertenecen al dominio de la razón pura. Si, por el contrario, los hechos que examinamos son de carácter puramente físico, como por otra parte la sen-

sación y el movimiento conscientes sólo difieren de los inconscientes por su mayor complejidad, siendo en su naturaleza, en su finalidad y modo de producirse idénticos, ¿por qué razón, dirían los materialistas, ha de admitirse una fuerza distinta en un caso y no en el otro?

El examen será aquí breve, apuntando sumariamente las razones y los hechos que abonen nuestras afirmaciones. Comencemos por fijar el verdadero carácter de la sensibilidad orgánica, en relación con otros fenómenos de la materia inorgánica y de la viviente, con los cuales aquélla parece tener algunas analogías, para ver así qué lugar debe asignarse á la que hemos llamado sensibilidad inconsciente, cuyo tipo más elemental es el acto reflejo. Toda sensación es una reacción vital del sistema nervioso. Pero hay también reacciones mecánicas, físicas y químicas. Una bola de billar choca con otra, y ésta reacciona en virtud de su fuerza elástica, y devuelve á la primera parte del movimiento recibido, haciendo cambiar su dirección. El oxígeno, en contacto con el hierro, pone en movimiento sus moléculas y da origen á la combinación. Todos los seres de la naturaleza física tienen sus actividades latentes, que cuando son excitadas, cuando una fuerza exterior actúa sobre ellos, reaccionan. La vida orgánica en su parte física no es más que un flujo y reflujo constantes de acciones y reacciones entre el viviente y el medio que le rodea, pudiéndose decir que, bajo este aspecto, la vida consiste en el equilibrio inestable de la fuerza exterior y de la reacción interior. En el lenguaje común y ordinario es frecuente dar también el nombre de sensibilidad á estas reacciones de los cuerpos físicos y orgánicos. Así se dice que una placa de fotografía es sensible á la luz, que la aguja imanada es sensible á la corriente galvánica, que las plantas son sensibles á los agentes atmosféricos y terrestres que constituyen su medio de vida. Se observan especialmente en algunas plantas ciertos fenómenos que se asemejan al instinto animal; lo que ha dado origen á que algunos naturalistas hayan considerado éste como un grado superior en la evolución de las tendencias de los seres. Así, naturalmente las plantas buscan la luz y tienden á salvar los obstáculos que á ello se oponen; el girasol cambia de posición adaptándose al mejor aprovechamiento de las influencias solares; la sensitiva ejecuta movimientos que sorprenden por su semejanza con los del animal; y generalmente parecen obedecer todos los organismos vegetales á una especie de instinto, cuando disponen sus órganos aéreos y subterráneos en condiciones apropiadas para mejor alimentarse, y cuando entre todos los elementos que los rodean hacen la selección de aquellos que les son útiles.

Además de estas reacciones y movimientos físicos y orgánicos, encontramos en el organismo animal otros movimientos que tienen con la sensibilidad mayor analogía que los anteriores. Tal es la contractilidad muscular, por la cual, y

sin la intervención del sistema nervioso, el corazón puede seguir ejecutando los movimientos rítmicos de contracción y dilatación; ella es la que hace circular la sangre y la linfa por los conductos vasculares, la que produce los movimientos ondulados de las pestañas vibrátiles que tapizan el epitelio, tan importantes para la circulación de los líquidos; la que hace progresar el bolo alimenticio á través del esófago y del tubo intestinal, etc. Estos movimientos de contractilidad están todos ordenados á la vida orgánica, y siguen verificándose con más ó menos regularidad después de paralizada totalmente la sensibilidad del sistema nervioso. Las pestañas vibrátiles pueden conservar sus movimientos ondulados hasta cuarenta y ocho horas después de muerto el hombre, y en algunos animales se han observado aquéllos algunas semanas después de la muerte, y aun después de comenzada la putrefacción.

Estos movimientos y actividades de la naturaleza, desde la reacción mecánica hasta la irritabilidad del tejido viviente y la contractilidad muscular, tienen, sin duda, analogías más ó menos estrechas con la sensibilidad inconsciente; pero la observación encuentra en esta caracteres propios y exclusivos que la colocan en un orden esencialmente distinto de los anteriores, é idénticos á los caracteres que forman la sensibilidad consciente

La nota diferencial del fenómeno sensible consiste en ser éste un conocimiento, percepción

ó representación, ó también una tendencia ó movimiento cuya causa determinante está en una representación. Cuando los fisiólogos nos hablan de acciones reflejas, se fijan principalmente en el término del proceso, en el movimiento exterior, el cual tiene su origen en otras causas más profundas. Estas causas, aunque menos visibles, interesan al psicólogo más que el resultado final. Veamos lo que sucede en el más simple de los fenómenos reflejos, que consiste en una excitación del nervio sensible, transmisión de esta al centro nervioso, y reacción motriz para convertirse en movimiento muscular. Una misma excitación sensorial producirá movimientos diversos en armonía siempre con la excitación sentida y con la tendencia provocada por la misma sensación. Permaneciendo idénticas las causas exteriores é idénticos los mecanismos fisiológicos, resultan los movimientos más variados; variación que no depende de otra cosa sino de las distintas sensaciones que una misma excitación puede producir. No sucede lo propio en los fenómenos mencionados anteriormente, pues en la elasticidad de los cuerpos, en la irritabilidad y contractilidad orgánicas, la reacción es proporcionada á la excitación, la intensidad y modalidad de la primera es siempre uniforme y matemática, de modo que una misma excitación, aplicada en idénticas condiciones, provocará la misma reacción.

Supongamos que una persona emprende el paseo, ocupada su atención en un asunto de mu-